

ginas de «Huellas sobre las Cumbres», con su suave reminiscencia lírica y su amoroso contorno subjetivo. En ellas queda, vivo, un retazo sentimental de la historia venezolana. Como queda viva en las páginas de «Ana Isabel, una niña decente», de Antonia Palacios, la placita de los enamorados, la mansa placita de la Candelaria donde todavía juegan los niños alrededor del viejo cuadrante y bajo la sombra de la torre campanera, pero por cuyos costados asoma la invasión del progreso en la ola blanca de los edificios modernos.

«Huellas sobre las Cumbres» cumple, como «Ana Isabel», la misión de entregar un mensaje auténtico que nos habla de lo que fué y no debe ser olvidado. De sus páginas se desprende una manera fina y firme de encontrar y retener los elementos de valor palpable. Y es que en este sentido, ya en el terreno humano, la más bella página es la que en el tiempo escribe la vida generosa de don Claudio. Quien a él se acerca encuentra invariablemente la buena palabra, el espontáneo gesto amigo. Para quienes hemos llegado cruzando fronteras al conocimiento de la personalidad y de la obra de este auténtico valor venezolano es una experiencia grata e inolvidable.—MARUJA VIEIRA.

Caracas, 1950.



<https://doi.org/10.29393/At310-13DEFN10013>

«DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORÁN», de *Hermelo Arabena Williams*.

Hay actos de justicia tan fundados e impresionantes que su demora nos deja sorprendidos, y su realización hiere no poco nuestras conciencias cuando aca-

so por desidia en nada hemos contribuído a ellos. Tal el que acontece ahora mediante el bello opúsculo que el fino prosador y poeta Hermelo Arabena Williams ha consagrado a la memoria del insigne maestro don Enrique Nercasseau y Morán que fué nuestro profesor de literatura española en el Instituto Pedagógico: miniada y admirable semblanza a que la Universidad de Chile, en un gesto de cordial reparación que la honra, ha dedicado íntegramente los números 77 y 78 de sus prestigiosísimos Anales, que incluyen asimismo una antología de la castiza prosa del catedrático, compilada por el propio autor del bosquejo biográfico que comentamos.

Este trabajo, llevado a término con paciente, morosa y amorosa complacencia y entusiasmo, con lenguaje natural, sencillo y pintoresco y sostenida vibración de espiritualidad, hace confluir dos almas afines como si (lo que no ocurrió en la realidad temporal) se hubiera tratado de maestro y discípulo, compenetrados profundamente en asidua convivencia. Milagros del espíritu, que sopla por sobre las fronteras del espacio y del tiempo. Delectación en las cosas pasadas como en un vino añejo, pasión por la literatura y la belleza, amor de lo castizo hispánico, y cierto epicureísmo templado por la fe religiosa, aparecen como las cuatro cifras que forman el denominador común de estos dos temperamentos escogidos.

Una coincidencia de caracteres y vocaciones ha venido, pues, a originar una obra indispensable en la historia de nuestra cultura humanística, a reparar un olvido y hasta una injusticia, a incitar de nuevo el gusto por aspectos preteridos de la formación intelectual y estética, a revivir una generación de hombres meritísimos, casi eclipsados frente a la reverberación

no poco soflamera en algunos aspectos de los nuevos prestigios, y a provocar en lo íntimo nuestro un acto de contrición por haber esperado que otros pagaran la deuda de gratitud que nos correspondía: a nosotros, los efectivos alumnos del maestro en su cátedra universitaria, enaltecida con su segura autoridad y embelllecida con el estilo humano y familiar con que nos trataba: sin engolamientos pedagógicos ni esas disertaciones de tono magistral que ponen una distancia insalvable entre profesor y discípulo.

La enumeración de las circunstancias indicadas muestran el valor y la oportunidad del trabajo de Hermelo Arabena y explican la emoción y el agradecimiento con que lo recibimos. Falta sólo insistir acerca de las relevantes condiciones del autor que han hecho posibles a aquéllas, y nos detendremos en dos: su carácter laborioso y la calidad artística de su elocución.

Con una paciencia respetable de investigador serio, Arabena se ha informado de copiosa manera en todas las fuentes disponibles no sólo para trazar acertadamente la figura del maestro, sino además para encuadrarla con viva y amable imaginación retrospectiva en el ambiente propio de la época; y lo logra, exhibiendo en esta tentativa espíritu selectivo y virtudes de escritor impresionista, capaz de sugerir mediante unos cuantos trazos la amplitud del panorama evocado: todo ello con una sencillez de recursos, tanto más meritoria cuanto más escasa dentro de las afectadas y laberínticas letras de nuestros días. El clima espiritual de don Andrés Bello en que la infancia y la pubertad de Nercasseau respiran: las inquietudes literarias de una generación entusiástica que se agita aproximadamente entre dos decenios (1870 a 1890) y que en-

cuentran eco y expresión en publicaciones periódicas como «La Estrella de Chile», «El Nuevo Ferrocarril», la «Revista Chilena», «El Independiente», la «Revista de Artes y Letras», etc.; la guerra del 79; la fundación del Instituto Pedagógico; la revolución del 91; el feliz arribo de Rubén Darío: en una palabra, cuantos hechos significativos pueden influir en un espíritu dilecto, son suscitados rápida y eficazmente por el retratista, sin que falten el breve comentario irónico, la frase chispeante y oportuna, la anécdota pintoresca, la celebración del ingenio, propias de quien ya se ha adueñado del arte de reanimar tradiciones, siguiendo con fortuna y manera personal la huella de don Ricardo Palma.

Lo anteriormente dicho implica la excelente calidad literaria de la prosa de Hermelo Arabena: prosa de poeta al fin y al cabo. Reposada, discreta, armoniosa, su mayor encanto es la brevedad. El autor posee el don de la simplificación que comunica a lo que escribe una difícil y segura elegancia.

Dichoso escritor que ha conseguido tan noblemente «rescatar del olvido» la memoria del egregio maestro y regalarnos una obra que bien pudo intitularse «El pensamiento vivo de Nercasseau» al modo de otras de análoga estructura que circulan por el mundo. Doble regalo: el de su feliz semblanza, y el de esa antología admirable, donde hay páginas perfectas y donde por lo mismo siempre habrá mucho que aprender.—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.

